

Borges quijotesco: los clivajes bifurcados de la realidad

NORMAN MARÍN CALDERÓN

Resumen

Este ensayo explora el concepto de “realidad” desde la perspectiva metafísica de Jorge Luis Borges y el determinismo literario de Miguel de Cervantes. Ambos aseveran que no existe la realidad como tal, sino que cada sujeto construye su propia versión de ésta de acuerdo con sus experiencias. Así, la realidad en tanto “verdad” no existe, sino que concurren muchas verdades, cambiantes e individuales. Por ello, para mostrar el despropósito de la incompreensión de la vida y el abismo del universo, Borges, con Cervantes, se sirve de los signos de la fantasía, de la indeterminación, la locura y la extrañeza para ratificar la verdad de que la vida es sueño y que la frontera entre ambos es sólo cuestión de una sutil apreciación.

Palabras claves: Borges, Cervantes, *Don Quijote*, estadio del espejo, ficción, filosofía, mentira, realidad, sueño

Abstract

This essay explores the concept of “reality” both from the metaphysic perspective of Jorge Luis Borges and the literary determinism of Miguel de Cervantes. Both writers affirm that reality as such does not exist, and thus each individual constructs his/her own version of it according to his/her life experiences. Therefore, reality as a category of “truth” does not exist, but many of them coexist—changing and relative to each individual. In order to demonstrate the incomprehension of life and the differences of the universe, Borges, with Cervantes, employs the signs of fantasy, indeterminism, insanity, and the uncanny to avow the truth that life is a dream and that the border between them is only a matter of a subtle appreciation.

Key words: Borges, Cervantes, Don Quixote, mirror stage, fiction, philosophy, lie, reality, dream

*El tiempo es un río que me arrebata, pero yo soy el río;
es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre;
es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego.
El mundo, desgraciadamente es real;
yo, desgraciadamente, soy Borges.
Jorge Luis Borges*

¿*Qué es la realidad?* Esta pregunta ha recorrido innumerables debates filosóficos, teológicos y culturales a lo largo de los siglos, sin haber llegado nunca a una sola respuesta capaz de responderla cabalmente. Muchos pensadores, Jorge Luis Borges (1899-1986) entre ellos, aseveran que no existe la “realidad” como tal, sino que cada sujeto construye su propia versión de ésta de acuerdo con sus experiencias. Así, la realidad, en tanto “verdad”, no existe, sino que concurren muchas verdades, cambiantes e individuales. Si esto fuera cierto, sería imposible reconocer la línea limítrofe que diferencia la realidad de la ficción. Una vez constituidas, ambas serían -realidad y ficción-dos versiones de una misma fachada. La literatura ha apoyado dicho supuesto, desde su construcción narratológica, y lo sigue haciendo desde sus fundamentos discursivos. *Don Quijote de la Mancha* (1605 y 1615) de Miguel de Cervantes y Saavedra (1547-1616) sería, por su estructura y temática, la obra culminante de la literatura universal que mejor ejemplificaría esta relación ominosa entre realidad y ficción. La obra de Cervantes pone sobre la mesa de la reflexión uno de los debates más polémicos de la historia del pensamiento, el cual logra resolver de manera magistral: la realidad tiene estructura de ficción. Lo dice don Quijote, lo dice Miguel de Cervantes, lo dice Jorge Luis Borges, lo dice cada lector que se acerca al texto cervantino, sorprendiéndose cada vez que lo lee, para convencerse de que lo que parece un sueño *es* la realidad más tangible que se haya experimentado.

Insistente es la anécdota que nos recuerda que Jorge Luis Borges, a edad muy temprana, leyó *Don Quijote*, en su versión inglesa, y que a partir de esa lectura de caballería y locura es que su imaginación se fue construyendo para aceptar, muchos años más tarde, el reto de escribir literatura de orden fantástico y metafísico. La obra literaria de Borges, vía *Don Quijote*, se puede leer entonces como un compendio estético-filosófico sobre la cuestión concerniente al estatuto de la realidad. Para Borges, la realidad se presenta como una construcción ideológica liada que se cuestiona a sí misma cuando se le contrapone a categorías perentorias tales como verdad, memoria y vida, es decir, ahí donde la ficción, el olvido y los sueños alcanzan un valor contundente. De tal manera, Borges despliega en sus escritos una suerte de enunciado cervantino dando a entrever que la vida se parece, por loco que se estime, a un sueño. Esta característica borgeana también viene dada en la estructura narratológica y temática de *Don Quijote*. Tanto la literatura borgeana como la cervantina devienen entonces en todo un constructo filosófico que recopila una vasta combinatoria de límites subjetivos capaces de confundir y yuxtaponer los confines entre los géneros de la realidad y la fantasía. Una vez desplegado tan vago limen, es imposible reconocer sus fundamentos diferenciales. Por lo tanto, la escritura borgeana, a partir de su soporte en *Don Quijote*, se constituye como la contundencia de la desaparición del muro del litoral entre sueño y realidad para colocar ambas esferas como parte de un solo bastimento. Y la novela de Cervantes sirve aquí como el ejemplo más idóneo para corroborar la “extraña” presencia de lo real en un contexto lleno de apariencias, sueños y locuras que resultan en una concluyente verdad: la realidad está estructurada como una ficción. Más aún, *es* ficción.

En *La tarjeta postal* (2001), Jacques Derrida propone que toda verdad se contiene a sí misma en una estructura de ficción y que se llega a ésta por medio de un recorrido analítico de la narratología, constitución básica de las literaturas. Dice Derrida que “una ‘literatura’ puede producir, poner en escena, y en primer término algo así como la verdad. Es pues más poderosa que la verdad de que es capaz. Semejante ‘literatura’ ¿se deja leer, interrogar, incluso descifrar a partir de esquemas narrativos que incumben a lo que ella misma produce?” (394). O sea, la cuestión que propone Derrida se sostiene en la posibilidad auténtica de encontrar la verdad en el texto literario. Es poner la verdad en el texto y exponerla al pie de la letra. Como se cuestiona Derrida, ¿es hacer la ficción verdadera o la verdad ficticia? Esta pregunta es la que desarrolla Cervantes a lo largo de su obra maestra, *Don Quijote de la Mancha*, y la elabora hasta sus últimas consecuencias haciendo de cada lector, testigo de la definitiva ficcionalidad de la pobremente llamada “realidad”. La verdad habita la ficción; la verdad se alberga en la economía de la ficción ahí donde dirige, organiza y hace posible la ficción.

Por su parte, Borges al intentar responder a la cuestión concerniente a la realidad y la ficción recurre a varios autores, filósofos metafísicos sobre todo, para ejemplificar sus postulados a partir de textos literarios canónicos tales como los de Hawthorne, Shakespeare y Dickens, entre otros. Y sin más, Cervantes figura como uno de los ejemplos más irrevocables en la explicación de los estatutos de realidad y ficción. En “Magias parciales del ‘Quijote’” de *Otras inquisiciones*, Borges afirma que, dada su construcción temática, el *Quijote* es un libro “realista”. Es realista en tanto contrapone un mundo imaginario y loco inventado por el protagonista ante las verdades de un mundo real y prosaico que devela la situación actual de la España del siglo XVII. Pareciera que para Cervantes el mundo poético y el mundo real no fueran vástagos antinómicos sino, más bien, el resultado de la fusión de una misma realidad. Esta fusión indisoluble la experimenta cada lector que se acerca a *Don Quijote* para terminar riéndose de algo real que le concierne. En una de las intervenciones del cura en la parte segunda del *Quijote* aquel comenta: “[. . .] antes imagino que todo es ficción, fábula y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, o, por mejor decir, medio dormidos” (II, 36). Así, el lector “desocupado e ingenioso” se ríe de las locuras del protagonista o de las incongruencias de su escudero, pero la risa espasmódica e incontrolable le recuerda que él, en tanto lector del *Quijote*, está hecho de la misma materia que forma a cada personaje de la obra; materia ficcional, etérea, onírica.

Asimismo, Borges elabora magistralmente su tesis metafísica sobre la “realidad” en su cuento “Pierre Menard, autor del *Quijote*”, de *Ficciones*, donde cada lector compromete todo su ser en el mismo acto de lectura. Con ésta, el lector crea su propio mundo, co-autoriza el texto que escudriña y así reescribe una nueva historia. Este acto re-escritural se conforma como la metáfora que convoca a cada sujeto a crear su propio universo de ideas y experiencias en el instante mismo de la lectura. Al leer *Don Quijote*, Borges afirma que cada lector se reconoce en sus personajes y, junto con su protagonista, recrea -loco o cuerdo- “otra” versión de la vida, siempre nueva y cambiante. Quien lee el *Quijote* se quijotiza y comparte el don autorial de Cervantes. Con cada lectura, el lector siempre instaaura un mundo

diferente. Dice Menard que “pensar, analizar, inventar (me escribió también) no son actos anómalos, son la normal respiración de la inteligencia. Todo hombre debe de ser capaz de todas las ideas y entiendo que en el porvenir lo será” (*Ficciones* 482). Por esto es que Borges asume la misión imposible de hacer posible una sola versión de la ficción-realidad mediante la letra cervantina que promueve la diversidad de los mundos y la pluralidad de las experiencias por medio de la palabra que no lo alcanza a decir todo, pero lo intenta. En *Cervantes y Borges*, Lelia Madrid, al concluir su libro, dice que “en un lugar ‘not too far from the story’ se encuentran Cervantes y Borges en el lenguaje que los escribe a ambos interminable e infinitamente en cada lectura; en el universo de los signos y de la inversión de esos signos” (168). Por eso, cuando cada sujeto se adosa al texto cervantino, y lo lee con quevedos borgeanos, no puede más que crear una versión propia de los signos que se le posan enfrente y devenir, por medio de una lectura quijotesca, en coautor de las aventuras y experiencias del Caballero de la Triste Figura, señor de los leones, hidalgo de los signos y sus mundos. Todos somos, al fin y al cabo, lectores, escritores, partícipes y personajes en el lugar donde la verdad y la ficción se abrazan, . . . “lugar del cual ahora no quiero acordarme”.

Igualmente, Borges afirma que “Cervantes se complace en confundir lo objetivo y lo subjetivo, el mundo del lector y el mundo del libro” (“Magias” 48-9). Esta técnica “real con intersticios ficcionales” es posible por la manera en que Cervantes construye su novela. *Don Quijote* es el resultado de un texto árabe traducido por un morisco desconocido que cierto Cide Hamete Benengeli ha escrito para que sea leído y dejado para la postrimería. “*Historia de don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador árabe* [quien cuenta] la verdadera relación de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera” (cursivas en el original I, 159). En este punto, *Don Quijote* se establece como la confluencia de varias ambigüedades que culminan en la extraña entramada de que los personajes de la novela han leído la primera parte de *Don Quijote*. “Me dijo que andaba ya en libros la historia de vuestra merced, con nombre de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*; y dice que me mientan a mí en ella con mi mismo [*sic*] nombre de Sancho Panza, [. . .]” (II, 42-3). Y como lo anuncia Borges, “los protagonistas del *Quijote*, son, así mismo, lectores del *Quijote*” (“Magias” 49). Este caso -el de Cervantes- es el prototipo metaficcional del cuento dentro del cuento, o de la historia central dentro de la historia advenencia.

Esta estrecha relación entre ficción y realidad, del texto dentro del texto o del personaje ficticio que deviene en lector de sí mismo, hace que el estatuto de lector se vea contravenido y puesto en tela de juicio. No se puede hacer una distinción permanente entre el protagonista hecho de palabras y signos, y el lector hecho de carne y huesos. Los dos -personaje y lector- son los vástagos de una siniestra interrelación subjetiva. Lo que llamamos “realidad” es entonces tan sólo un espejismo que funciona como el semblante de un escenario experimental etéreo. Para Borges, la vida es precisamente el proceso de una emanación indeliberada del deseo de un dios menor, o de una mente superior a la humana, que nos piensa sin cesar, hasta el infinito, y nos propone el goce de un devenir tutelado por una fuerza omnipotente que salvaguarda nuestra existencia contingente:

Nosotros (la indivisa divinidad que opera en nosotros) hemos soñado al mundo. Lo hemos soñado resistente, misterioso, visible, ubicuo en el espacio firme en el tiempo; pero hemos consentido en su arquitectura tenues y eternos intersticios de sin razón para saber que es falso. (Otras inquisiciones 104)

Esta filosofía idealista de la vida nos enfrenta con nuestra lasitud ontológica que confirma el carácter alucinatorio de nuestro mundo. Corresponde a la idea siniestra de que somos la mera entelequia del anhelo de “un dios menor” que nos creó a su antojo, y quien nos conduce por caminos que sólo él conoce en lo recóndito de su ser. Y así la sentencia ya está tomada: “La mente que una vez los soñó volverá a soñarlos; mientras la mente siga soñando, nada se habrá perdido” (“Sobre Nathaniel Hawthorne”, *Otras inquisiciones* 66). De esta manera, la escritura borgeana nos conduce por sinuosos senderos que aparentan una carga fantástica de irreductibilidad existencial dando a entrever los sesgos irreales de la vida misma. Sin embargo, su escritura nos ayudará a reconocer los halos quiméricos de toda vida y salvar nuestra pobre comprensión de una simplificación burda sobre la inasible realidad en la que todos nos inscribimos como si fuéramos el desecho del sueño de un gran Otro. A propósito, dice el narrador sobre don Quijote: “y asentósele de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas sonadas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo” (I, 100). Y de esta sorpresa inmanente es que Borges se pregunta por qué nos asusta que don Quijote sea lector del *Quijote*: “tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios” (“Magias” 50).

Por lo tanto, de ahora en adelante no podremos hablar más de realidad o ficción puras sino de una estrecha relación entre ambas ahí donde cada sujeto, tal y como sucede con don Quijote, construye su propia realidad y la moldea a su antojo, dados sus experiencias y valores sobre la vida. En “Parábola de Cervantes y de Quijote” (1955), Borges acierta cuando dice que “para los dos, para el soñador y el soñado, toda esa trama fue la oposición de dos mundos: el mundo irreal de los libros de caballerías, el mundo cotidiano y común del siglo XVII” (*El Hacedor* 188). Es por ello que para don Quijote existe una única verdad aunque sus detractores quieran hacerle ver que está loco.

Por su parte, en su ensayo “Formas de una leyenda” contenido en *Otras inquisiciones*, Borges hace un exhaustivo recorrido por las filosofías budistas que corroboran la condición quimérica de la vida. Allí acepta la característica intrínseca de que la existencia humana es ficticia, explayando la máxima de que la vida es sueño. Don Quijote lo dice una y otra vez sin que nadie le ponga atención. “A nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído” (I, 107). De esta afirmación, don Quijote asegura que la vida es, de hecho, un sueño: “Ahora acabo de conocer que todos los contentos desta [*sic*] vida pasan como sombra y sueño, o se marchitan como la flor del campo” (II, 195). Así, tanto Borges como don Quijote abogan por

la creencia de que el mundo es el resultado del (mal) sueño de Alguien que bien podría ser Nadie, pues en tal fárrago engañoso, todos somos nadie y todos somos alguien a la vez.

De aquí parte Borges para escribir su maravilloso cuento “Las ruinas circulares”, historia que relata el anhelo de un mago que sueña a un hombre creado a su imagen y semejanza haciéndolo carne de su propio sueño. La criatura es el reflejo del espejo de ese gran Otro que sostiene la especularidad de ese *infans*, imagen del hombre soñado por ese gran Otro, el mago. Una vez creada esta entidad soñada, la envía al mundo para que crezca y aprenda y que, en su portento, viva feliz por siempre, a cambio de que ni el fuego ni el soñador lo destruyan. Al final del cuento, el mago se encuentra, en medio de las ruinas circulares, con el fuego que piensa que lo va a devorar (recuerda que a su criatura el fuego no la puede afectar, pero a él sí) dándose cuenta de que él tampoco puede ser devastado por el fuego. Así concluye Borges el cuento: “Con alivio, con humillación, con terror, comprendió que él también era una apariencia, *que otro estaba soñándolo*” (las cursivas son nuestras, *Ficciones* 487). Lo mismo ocurre con Cervantes y su hijastro, don Quijote: “Es la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, [. . .]. Pero yo, que, aunque parezco padre, soy padraastro de don Quijote, [. . .] que perdones o disimules las faltas que en este mi hijo vieres” (I, 79). En “*El Quijote según Borges*”, Julio Rodríguez-Luis afirma que “la forma de la novela exige que don Quijote vuelva a la cordura, [que] el libro entero ha sido escrito para esa escena, para la muerte de don Quijote, de modo que el sueño del protagonista, al igual que el sueño general del libro, concluyen con la cordura de aquél que hace que tanto él como nosotros regresemos ‘a la mera y prosaica realidad’” (483). Así como su criatura soñada, el mago, y en nuestra lectura Cervantes mismo, no es otra cosa que el sueño de otro que lo ha soñado a su antojo, cuyo soñador ha sido igualmente soñado,. . . y así hasta lo eterno.

Para esto, Borges recoge muchas de las leyendas del Indostán y de las filosofías budistas clásicas para, vehementemente, ilustrar la especularidad de la existencia declarando que la vida, en tanto realidad, es ilusoria. Y Cervantes mejor que nadie asume esta concepción del mundo. “Todo puede ser” (II, 102, 146). Los “átomos de la verdad” en el *Quijote* nos da la posibilidad de afirmar al unísono, y sin excluir ninguna, que lo que vemos o leemos son, a la misma vez, canaeas, mulas o pollinos; un mismo hombre es Quijano, Quijada o Quesada; que Aldonza Lorenzo es Dulcinea del Toboso o el paje joven o la fea labradora; ... todo puede ser. Y así lo declara también la leyenda cuando testifica que la “minuciosa relación del juego (de un Buddha) quiere decir *Lalitavistara*; un juego o un sueño [que] es, para el Mahayana, la vida del Buddha sobre la tierra, que es [a la misma vez] otro sueño” (“Formas de una leyenda”, *Otras inquisiciones* 127). Desde la antigüedad, los sabios reconocían la imposibilidad de separar la vigilia de los sueños en donde una constituía la formulación alterna de la otra. Aquí don Quijote aparece como otro Buda que sabiamente reconoce la especularidad de la existencia. “[don Quijote] se estaba durmiendo, a sueño suelto, bien descuidado de todo lo sucedido. No se podía asegurar Dorotea si era soñado el

bien que poseía. Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corría por la misma cuenta” (I, 448). En estas líneas, se puede advertir que tanto don Quijote como los otros personajes se han topado con la imposibilidad de diferenciar al sueño de la realidad, lugar donde lo ficticio se asume como verdadero y lo real deviene en mera fantasía. Al respecto, apunta Borges que “sueños y símbolos e imágenes atraviesan el día, un desorden de mundos imaginarios confluye sin cesar en el mundo” (*Otras inquisiciones* 94).

Ahora bien, Borges, bajo cierto estandarte cervantino, toma del platonismo la tesis de que la vida se comprende como el reflejo sempiterno de arquetipos eternos y etéreos; de las doctrinas orientales abastece sus proposiciones que sugieren la idea de un mundo basado en puras apariencias. De las sagas populares toma aquello que le permite rellenar sus historias con sujetos que cobran vida al ser imaginados por una mente superior; de situaciones, en fin, que siendo sueños parecen reales o que siendo parte de la realidad terminan acaeciendo como meras ficciones del antojo de un dios menor o de una mente demiurga. Pero esa es siempre la pericia de don Quijote: “[. . .] que no sé cómo es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas” (I, 349). De aquí podemos equiparar entonces al Mundo con el trabajo de un sueño pues todo aquello que nos figuramos trascendente y fijo es una simple fachada dentro de la que todos estamos capturados.

Muchos de los cuentos de Borges ilustran, a través de la pantalla de los sueños, la ambigüedad, el asunto complejo del espejo y la pulsión escópica subjetiva playada ya bajo los signos cervantinos. Mas lo inmortaliza en algunos de sus poemas dedicados a don Quijote. En “Sueña Alonso Quijano”, Borges recuerda que la vida es sueño, y somos un espejismo dentro de otro espejismo: “El hidalgo fue un sueño de Cervantes/Y don Quijote un sueño del hidalgo./El doble sueño los confunde y algo/Está pasando que pasó mucho antes./Quijano duerme y sueña” (*La rosa profunda* 106). Don Quijote, igualmente, lo propone con sus propias palabras: “si por ventura ha sido su autor algún sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, *mezclando con una verdad mil mentiras*, divirtiéndose a contar otras acciones fuera de lo que requiere *la continuación de una verdadera historia*” (las cursivas son nuestras II, 83). Asimismo, en el cuento “El sur” de *Ficciones*, el plano subjetivo del protagonista funciona como un espejo que refleja la inminencia del otro. Inminencia que revela que el sujeto *es* en virtud de un otro que lo constituye en quien es. En “El sur”, Juan Dahlmann cumple el papel del espejo que refleja la vida fantasmática del hombre que murió en Masoller. La muerte de uno corrige las improntas funestas de la muerte del otro, cual espejo que despliega una misma identidad. Esta misma técnica auto identificatoria la utiliza Cervantes cuando pone frente a frente a don Quijote y a Cardenio: “El otro a quien podemos llamar *el Roto de la Mala Figura* (como a don Quijote *el de la Triste*), después de haberse dejado abrazar, [. . .] le estuvo mirando, como que quería ver si le conocía” (I, 291). Aquí vemos que ambos personajes se identifican al mirarse fijamente y comprenden que los anhelos de uno son los deseos del otro a través de una identificación que viene dada por esa mirada que se cumple en una suerte de reflexión escópica. Así, tanto el sueño desdoblado de Juan como el

encuentro de don Quijote y Cardenio producen una segunda imagen que cuestiona la interrelación entre ambas, y crea una situación paradójica allí donde muerte y vida, verdad y mentira colisionan destruyendo la sutil línea que los dividía, cual espejo reflexivo.

Esta dialéctica execrable también la establece Borges en “Ni siquiera soy polvo” donde espeta el carácter ilusorio de la realidad quijotesca. Reza el poema: “Ni siquiera soy polvo. Soy un sueño/Que entreteje en el sueño y la vigilia/ Mi hermano y padre, el capitán Cervantes/ [. . .] Mi Dios, mi soñador, sigue soñándose” (*Historia de la noche* 196). Estos versos reflejan la inmensidad del sueño de la vida que nos recuerda nuestra calidad ficticia, que somos tan reales como irreales y que somos un sueño dentro de otro sueño. Al final del poema, el hidalgo le ruega a Cervantes que lo siga soñando para que su vida pueda continuar en el mismo sueño donde don Quijote es su ideal. Esta nebulosa existencial cervantina entre sueño y realidad responde a la temática especular palipséptica que Borges describe en muchas de sus páginas narrativas. Como en “El sur”, Juan es él y es el otro, siendo los dos y ninguno a la vez. Pareciera que Cervantes y don Quijote son uno, así como Cardenio y don Quijote se ven uno al otro tratando de reflejarse entre sí. También lo declara Borges cuando dice que es “único e insondable [donde] un número indefinido y casi infinito, de biografías, no agotarían su destino” (*Otras inquisiciones* 187). Aquí el sueño de Dahlmann y el encuentro del hidalgo y el Roto de la Mala Figura funcionan como ese espejo plano superpuesto el cual genera dos (infinitas) imágenes, pero siendo solamente “una”.

Esta misma dinámica especular se desarrolla en los textos borgeanos de “La otra muerte” y en su poema “Lectores”. En “La otra muerte”, los actos inconscientes de Pedro Damián evidencian, como en la fase del espejo, la imagen del otro que sostiene su estancia en el mundo. El personaje se plantea la obligación -irreductible- “de ser Martín Fierro”. Es decir, su vida vale en tanto es otra. Damián es redimido sólo ante la plena posibilidad de ser y vivir como Martín Fierro. Lo mismo ocurre con don Quijote quien *es* en virtud del deseo de su autor. “La crónica puntual que sus empeños/Narra y sus tragicómicos desplantes/ Fue soñada por él, no por Cervantes, /Y no es más que una crónica de sueño” (“Lectores”, *El otro, el mismo* 287). Uno *es* en tanto sea el espejo del otro. En “La otra muerte”, el sueño de una muerte homérica reivindica la muerte inopinada “de una congestión pulmonar”. Gracias a este sueño funcionando como espejo de la vida de dos hombres es que “La otra muerte” se puede leer como un signo onírico, especular, puesto que la ambigüedad y la digresión le dan consistencia al relato. Este cuento deja entrever la “confusión” inevitable que se produce cuando intentamos demarcar la frontera entre vida y sueño, o entre espejismo y realidad. Por su parte, Cervantes escribe que “admirado quedó el canónigo de oír la mezcla que don Quijote hacía de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenía de todas aquellas cosas tocantes y concernientes a los hechos de su andante caballería” (I, 569-70). Borges, entonces, rescata en su decir un sueño que es la continuación de otro o, en su defecto, una vida que transcurre como la prolongación de otra. Damián es Fierro. . . o viceversa. Por su parte, para don

Quijote la verdad es fantástica y la fantasía es real. Y así nadie puede revelar el secreto a voces pues ambas vidas están atrapadas en la ilusión real del espejo ominoso, ése que como la cópula es abominable y todo lo reproduce y lo lanza al infinito, incontables veces.

Por lo tanto, el sujeto se ha perdido en los laberínticos caminos de la vida. Se ha obstinado por encontrar la piedra filosofal que le indique, de manera diáfana y contundente, qué es la vida y de qué está conformada. En un intento siempre fallido, el individuo se ha inventado ficciones sobre su entorno, se ha creado esquemas “reales” que describan la (ir)realidad en que vive y se mueve. Esta imposibilidad de asir la realidad bajo el conocimiento humano, y ante la impotencia de avizorar las leyes inefables que rigen el registro de la realidad, es que el sujeto ha construido una realidad propia, jerarquizada según un esquema de valores y proposiciones que le dan consistencia a la vida que le ha tocado vivir. Cada sujeto construye su propia verdad. Dice el narrador del *Quijote*: “[. . .] sin añadir ni quitar a la historia un átomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones que podían ponerle de mentiroso; y tuvo razón, *porque la verdad adelgaza y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el aceite sobre el agua*” (las cursivas son nuestras II, 92). Esta aproximación ideológica le hace aseverar a Borges, a partir de don Quijote, que el mundo es ficticio y que nosotros igualmente lo somos. Sin embargo, la magia humana radica en que, vía el lenguaje, los individuos hacemos lo real parecer ficticio y lo ficticio devenir real. Para hacer real el poder de esta magia, Borges se sirve de símbolos, arquetípicos si se quiere, sobre el mundo, la vida y la realidad para darle a la ficción el estatuto de real, y de esa manera construir una propia ética de la existencia. Bajo esta égida fantasmagórica sobre la vida, Cervantes se anticipa a Borges asegurando que la historia de todo sujeto es la invención que cada uno funda a partir de las experiencias que le han conformado. Un sueño nos lo hace recordar: “[don Quijote] decía palabras como si *verdaderamente* estuviera peleando con algún gigante. Que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante” (las cursivas son nuestras I, 430). Para Cervantes, como para Borges, no hay realidad objetiva. Cada sujeto debe tomarse uno por uno: sendos son los sujetos porque sendas son sus realidades.

Borges sostiene que el mundo es una elemental alucinación. El color de la existencia es la irrealidad y su lógica es insospechable. En *Discusión*, Borges afirma que “creamos irrealidades que confirman el carácter alucinatorio del mundo, como es doctrina de todos los idealistas” (230). Por lo tanto, el proyecto borgeano -metafísico, en principio y cervantista, en esencia- es hacer tomar conciencia al sujeto de que acepte su mera condición de ilusionismo. No somos más que máscaras. Borges no desconoce los esquemas temporales de la vida, los cuales torna en irrealidades puras, incluyendo al hombre en tan vasto espectro. En su cuento “Tema del traidor y del héroe”, de su colección *Ficciones*, por ejemplo, Borges yuxtapone dos escenarios similares -uno real y otro ficticio- dejando entrever que la línea que separa ambas especies es meramente endeble. En este relato asistimos a un asesinato de un hombre “real” que replica la muerte de Julio César, el protagonista de la tragedia de Shakespeare. La versión “real” (el

asesinato de Kilpatrick) es la copia análoga del asesinato del personaje ficcional. Este relato funciona como el semblante de un canje ontológico donde ficción y realidad son una misma cosa. Con su simplicidad, por su parte, Sancho Panza revela la respuesta a la incógnita de la realidad ficcional o la ficción real analizada tantas veces por Borges, el cual realiza por medio del neologismo del “baciyelmo”. Dice don Quijote: “Y así, eso que a ti te parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa” (I, 305). Con tan llanas palabras, Sancho devela la verdad detrás de toda fachada denominada “realidad”: “[. . .] Se atrevan a decir y afirmar que ésta no es bacía, ni aquella albarda; mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy a entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia” (I, 531-32). En la ubicuidad de este punto ciego es que lo real se torna ficticio. . . y viceversa.

Para Borges, toda la vida está vista como una grácil transacción entre la verdad y la mentira, entre la ficción y lo real, entre la realidad y los sueños. Una lectura borgeana obliga a ver lo fantástico como una formulación alterna de la realidad pues todo trazo de verdad está perennemente teñido de infusiones de fantasía. Ya lo dice Borges en *Otras inquisiciones*, “con tantas voces en la memoria es imposible admitir una verdad unívoca” (129). En *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*, Alazraki, y a propósito de “El tema del traidor y el héroe”, escribe:

Al comienzo de la narración nos dice que la historia es un argumento imaginado bajo el influjo de Cherteston; luego, la ficción es comparada con un hecho histórico, y Borges agrega detalles (fechas, nombres, circunstancias, lugares) que da a su personaje un marcado relieve histórico. Cuando lo ficticio es convertido en realidad histórica, lo histórico--el asesinato de César--deviene ficción: la historia del asesinato del héroe irlandés repite detalles no del asesinato del César histórico, sino del César del drama de Shakespeare. (66)

Como en este cuento, *Don Quijote* también frecuentemente resalta el movimiento cíclico e inmutable de la vida al exaltar el carácter imaginario de lo que solemos llamar realidad. Lo canta Sansón Carrasco a propósito de la diferencia entre poesía e historia: “El poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como deberían ser, y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna” (II, 49). A lo que replica don Quijote: “La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios, en cuanto a verdad, pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos” (II, 51). Por su parte, el narrador de “Pierre Menard” lo establece a su manera: “La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que juzgamos que sucedió. Las cláusulas finales *-ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir-* son descaradamente pragmáticas” (cursivas en el original 22). Como en “El tema del traidor y el héroe” y el estatuto de verdad en *Don Quijote*, Borges y Cervantes entonces insisten en que el borde entre vida y sueño es imperceptible, que la existencia misma es un eterno oscilar entre lo real y lo ficticio, entre lo

histórico y lo imaginario, entre la verdad y el error, y así, una vez confrontados, se con-funden.

La escritura de Cervantes, como la de Borges, reclama el carácter inconocible de la realidad. Lo que nos parece real podría ser una mera ficción de lo que creemos estar viviendo. En eso consiste la condición abominable de la existencia misma, porque lo real tiende a parecer fantasía. Rodríguez-Luís afirma que “el propósito de Cervantes era oponer el realismo a la idealización, sin dejar por ello de amar lo sobrenatural y lo maravilloso que habían alimentado su imaginación” (“El *Quijote* según Borges” 485). En un mundo así de “ficticio”, entonces, la inverosimilitud y lo absurdo se cargan de toda autonomía porque la realidad no es ninguna suerte de evasión sino más bien un retorno a la base de la existencia misma. Es una suerte de locura -quijotesca, por supuesto- que nos habita a todos. La vida *es, existe*, a pesar de que funciona como el semblante de un sueño a medio vivir. Lo proclama Borges a propósito de don Quijote. En “El testigo” exclama: “desde su sueño el hombre ve la gigante/de un sueño que soñado fue en Bretaña/Y que a las Indias llevará el destino./Perdido en el confín de otra llanura/Se dirá que fue un sueño el del molino” (*El Hacedor* 185). Por lo tanto, la literatura de Borges, inflingida por cierta ideología cervantista, debe leerse como una alegoría de la realidad que todo sujeto debe acatar.

Los textos borgeanos desempeñan el papel de símbolos de un mundo acuñador de ficciones en donde los individuos se niegan a reconocer su íntima relación, o sea, donde verdad y ficción se toman de la mano. Dice Rodríguez Monegal que “más allá de la convención, la ficción de la máscara continúa actuando como ficción, pero a la vez, da expresión a la realidad más honda del disfrazado” (*Borges, hacia una lectura poética* 101). La vida, en tanto máscara, es una ficción que contiene una realidad primordial o una realidad constituida por intersticios de meras ficciones. Es decir lo mismo de varias maneras. Así, la paradójica constatación de que la realidad cotidiana es ilusoria, y por ende irreal, lleva a Borges a considerar, vía *Don Quijote*, que sólo la ficción, la mentira, el error, los actos “fallidos” y los sueños, pueden surtirnos de herramientas cognoscitivas probas.

En suma, la letra de Borges no cesa de insistir en la idea quijotesca de que lo que la inteligencia humana divisa es tan sólo la invención de un deseo lejano imposible de aprehender, y que el mundo es el sueño de un sueño que Dios ha soñado replicándolo al infinito. Su escritura plantea el apremio de una “realidad” omnipresente para luego inescrupulosamente advertirnos de que esa vida, simétricamente determinada por nuestra mente, es foránea a nuestros propios paradigmas, tal y como lo revela cada línea de *Don Quijote*. De esta manera, tanto Borges como Cervantes vierten así el estertor del sujeto ante el enigma irresuelto del Universo. La “realidad” a la que nos confrontan Cervantes y Borges, una y otra vez, no es más que el lado absurdo, inverosímil, ambiguo e incoherente de la vida. Por eso, para mostrar el despropósito de la incomprensión de la vida y el abismo del universo, Borges, con Cervantes (o sea, Jorge Luis quijotesco), se sirve de los signos de la fantasía, de la indeterminación, la locura y la extrañeza para ratificar la verdad de que la vida es

sueño y que la frontera entre ambos es sólo cuestión de una sutil apreciación. Por lo tanto, para ambos escritores el sueño, la ficción o la vida, que en resumen es lo mismo, son la manera irreductible por donde la realidad se presenta desnuda ante sus ambigüedades y desaciertos, como espejo de una existencia turbia, pero real. En este punto podemos concluir que la vida es la infinita combinatoria de fantasmáticos intersticios de realidad y sueño; contundencia borgeana de puro ilusionismo, categorización cervantina de realidad ficticia y cordura demencial, o sea, realidades ficcionadas, un tanto locas. Como don Quijote, todos sus lectores devenimos ese retablo que Maese Pedro manipula como un dios que nos precede a todos y nos hace reconocer nuestra capacidad ficticia de la así llamada “realidad”. Después de todo, cada lector del *Quijote* y cada amigo de Borges no es más que “un entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos” (II, 160).

Bibliografía

- Alazraki, Jaime. *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*. Madrid: Gredos, 1974.
- Borges, Jorge Luis. *Discusión. Obras completas 1*. 1976. Buenos Aires: Emecé, 2005. 187-303.
- . *Ficciones. Obras completas 1*. 1976. Buenos Aires: Emecé, 2005. 457-569.
- . *Otras inquisiciones. Obras completas 2*. 1976. Buenos Aires: Emecé, 2005. 12-165.
- . *El Hacedor. Obras completas 2*. 1976. Buenos Aires: Emecé, 2005. 167-249.
- . *El otro, el mismo. Obras completas 2*. 1976. Buenos Aires: Emecé, 2005. 251-351.
- . *La rosa profunda. Obras completas 3*. 1976. Buenos Aires: Emecé, 2005. 87-133.
- . *Historia de la noche. Obras completas 3*. 1976. Buenos Aires: Emecé, 2005. 181-225.
- Cervantes, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Tomos I y II. Madrid: Cátedra, 1988.
- Derrida, Jacques. *La tarjeta postal. De Sócrates a Freud y más allá*. Trad. Tomás Segovia. México: Siglo XXI, 2001.
- Madrid, Lelia. *Cervantes y Borges: la inversión de los signos*. Madrid: Pliegos, 1987.
- Páez Urdaneta, Iraset. “Prólogo”. *Ficciones-El Aleph-El informe de Brodie*. Jorge Luis Borges. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1986. i-xxv.
- Rodríguez-Luis, Julio. “El *Quijote* según Borges”. *Nueva revista de filología hispánica* 36 (1988): 477-500.
- Rodríguez Monegal, Emir. *Borges, hacia una lectura poética*. Madrid: Guadarrama, 1976.